

Serie
Devocion de Justicia
vol. I

ALEJANDRO
NÚÑEZ ALONSO

EL LAZO DE PÚRPURA



Benasur de Judea es el prodigioso personaje central de esta extraordinaria y apasionante novela. Sus amores, intrigas políticas y negocios tienen por marco el mundo romano de Tiberio, que el autor reconstruye de un modo certero y vivo. En muchos aspectos, *El lazo de púrpura* resulta sorprendente por las revelaciones que contiene sobre la vida en la antigüedad, con la que nuestro mundo actual guarda insospechadas similitudes: las especulaciones inmorales, las luchas por el dominio de las flotas y de las minas, las guerras, las revoluciones, los atentados, la conquista del poder y de la hegemonía económica, etc.

El lazo de púrpura no es únicamente una novela documental sino un documento histórico, vivo y palpitante, pleno de interés por su vigorosa trama, la humanidad de sus personajes y la reconstrucción fidedigna de las más destacadas ciudades de la antigüedad y de su vida cotidiana: Roma, Gades, Garama, Alejandría y Jerusalén, entre otras. Un impresionante y vigoroso fresco de la «verdadera vida de Roma y su imperio».

A NOY, este recuerdo de nuestras vacaciones en
el Egeo

Libro I

El Egeo

Capítulo 1

Un barco en el Egeo

Las letras de bronce decían Regium. Estaban bruñidas y espaciadas. Destacábanse brillantes en la franja azul que corría a todo lo largo del barco. Los curiosos miraban la nave con esa expresión de envidia que producen los bienes inalcanzables. El gesto de Mileto denunciaba algo más que envidia: el desencanto y la desesperanza. Una desesperanza profunda, como llevada en la sangre, como nacida con ella, como heredada y sin vecindad en la resignación. Aristo Abramos, más neutro, quizá indiferente, casi aburrido, sonreía. Sonreía como suele hacerlo aquel que está ajeno al mundo circundante. Benasur mostraba un gesto de franco fastidio.

—¡Malditas moscas! ¡Nos perseguirán en el barco!

La canalla del puerto no se dejaba seducir por las letras de bronce. Miraba el abanico. Pocas veces se veía por el puerto de Cencres un abanico como aquél.

—¡Malditas moscas!

Abramos estaba a punto de soltar la risa. ¿Acaso Benasur no sabía de sobra lo que era una nave romana? ¿Por qué descargar contra las moscas la irritación que le producía el trirreme? Al fin, no era para tanto. Cuando mucho, un día de viaje. Tampoco las moscas de Corinto eran más molestas que las de Palestina, que las de Italia, que las de cualquier otra parte del mundo.

Abramos miró interrogadoramente a su amigo. No, no eran las moscas. Conocía lo suficiente a Benasur para saber que no eran las moscas. Mas Aristo Abramos tenía sus dudas, y no acertaba a concretar si la repugnancia de Benasur era debida a las posibles molestias que presumía encontrar en el Regium o a la peligrosa aventura de aquel viaje que tenía por meta inmediata al condenado Skamín. Un nombre que siempre que Abramos podía eludir, procuraba no pronunciarlo. Así evitaba que le dejase en los labios escozor de quemadura. Porque ese nombre quemaba como el roce de una piedra de esmeril.

Los tres hombres se guardaban del sol bajo la protección de las sombrillas que sostenían los esclavos. Para librarse de las moscas, se habían separado de los caballos. Mas las moscas continuaban el acoso bajo las sombrillas. Igual que las miradas impertinentes de los pasajeros y sus acompañantes, y las miradas de la canalla del puerto. Los siervos no descuidaban los látigos para apartar a los lisiados, mendicantes y chiquillos que intentaban acercarse a los señores para importunarlos con ruegos pedigüños.

La canalla conocía a Aristo Abramos y sabía que no soltaba un cobre sino para recibir dos y los intereses. También conocía a su contador Mileto. Mas la atracción era Benasur, con la toga romana de doce pliegues. Aunque judío, por su condición de navarca de treinta flotas tenía derecho a la ciudadanía de la toga. La toga imponía respeto. Sobre todo a la gente del puerto, cubierta de costras purulentas o de costras de mugre. Y más que la toga provocaba su admiración el abanico. Por Cencres no se había visto un abanico igual, con mango de marfil ricamente labrado, con las tres esmeraldas que sujetaban el haz de plumas exóticas.

Junto a los tres señores, los grupos de los viajeros y sus acompañantes. Se hacían mutuas recomendaciones. A los que se iban, les daban cartas y saludos para los deudos o amigos que encontrarían en tierras lejanas. Otros no debían ir muy lejos. Por su aspecto enfermizo se adivinaba que no

soportarían el rigor de un largo viaje. Irían a una isla cercana, a someterse a un régimen de aguas medicinales, a consultar un médico o a ponerse en manos de una hechicera.

—Bien —dijo Benasur—. Creo que es hora de dar mi nombre al registro.

Aristo Abramos suspiró. Armador de Corinto, propietario de las flotas grandes de Cencres y de Lequeo, le había dicho a Benasur el día anterior: «Siento que ninguno de mis barcos se halle en puerto. Ni nave alejandrina ni gadirita. Y como son grandes tus prisas, te aconsejo que tomes mañana el barco romano que sale de Cencres. Hará escala en Paros, pues ahora todas las naves hacen allí escala. Echarás de menos la comida y el buen trato de los trirremes alejandrinos y aun la alegría que impera en mis barcos, pero llegarás puntualmente a Paros, donde te espera tu Aquilonia».

Las naves romanas, a falta de mayores comodidades, ofrecían la de la puntualidad. Y solían cumplirla aunque para ello el cómitre tuviese que desriñonar a los remeros. No, Benasur no hubiera deseado tampoco viajar en ninguno de los barcos de su socio Aristo Abramos, famosos por su alegría, pero detestables por los pasajeros que proporcionaban esa alegría: modestos mercaderes, danzarinas y prostitutas, malos cómicos, rapsodas, libertos de tres al cuarto, saltimbanquis, tahúres y toda la demás ralea que integra esa humanidad picara y no bien nutrida, audaz de costumbres y poco respetuosa con el derecho de propiedad; esa humanidad nómada, flotante, escurridiza e imprevisora que se desparramaba por las tierras y las islas del Egeo.

Aristo Abramos hacía un buen negocio con esa clase de pasaje. Lo módico de sus tarifas atraía a los viajeros aquejados de la crónica dolencia de falta de recursos. A cambio de las comodidades que los barcos de Abramos no proporcionaban, los pasajeros, aprovechándose del régimen liberal de las naves corintias, se dedicaban al ejercicio de las más estrambóticas actividades y diversiones, desde la dan-

za improvisada al juego de dados, sin olvidar los combates de púgiles y la rifa de mujeres.

Antes de que Mileto se dirigiera al telonio, Abramos le dijo:

—Da tu nombre también, Mileto. Acompañarás a Benasur. Benasur y Mileto miraron extrañados a Abramos. Benasur, con una luz de agrado en sus ojos. Mileto, sin acabar de comprender.

—¿Que yo acompañe a Benasur? —preguntó al mismo tiempo que miraba a éste.

—Sí, Mileto —le respondió Abramos.

Benasur no dijo nada. Se concretó a bajar la vista y a sonreír. Era tan inesperado el desprendimiento de Abramos, que no se le ocurría ninguna frase de agradecimiento. Sin embargo, Benasur debió de sentirse conmovido porque dejó de abanicarse y las plumas se posaron sobre su pecho. Abramos, para concluir con cualquier asomo de duda, sacó dos monedas de oro y se las dio a Mileto.

—Paga los pasajes... si es que te cobran el de Benasur.

Mileto cogió las monedas con los ojos húmedos de súbito agradecimiento. No tuvo tiempo para razonar su perplejidad. Acompañado del siervo que llevaba la sombrilla, se dirigió al telonio señalado con el estandarte de Roma: SPQR Tras el mostrador y a un lado, sobre una columna de mármol, un busto de Tiberio en terracota, de tamaño reducido. La columna era, desde luego, mucho más valiosa que el busto. La columna ya había sostenido los retratos de Augusto y de Julio César. Mileto pagó el precio de los dos pasajes en litera de toldilla. El ecónomo del Regium apuntó los dos nombres en el álbum.

—¿Dices Benasur de Judea? —preguntó, curioso.

No esperó la contestación de Mileto. Alzó la cabeza y durante unos breves instantes se quedó mirando hacia el grupo que formaban Benasur y Abramos.

Éste le decía a su amigo:

—Deseo que te lleves a Mileto porque sabrá distraerte de tus nostalgias y de tus impaciencias. Es aprendiz de todo y maestro de sí mismo, lo que quiere decir que es hombre prudente.

A Benasur no le desagradó la proposición. Por el contrario, sintióse complacido con ella. Había hecho buenas migas con Mileto, que le hablaba de Eros y de Psiquis con un sentido que él nunca pensó pudieran tener el amor y el alma. Un sentido nuevo, bastante sutil y alígero, que no coincidía con el sentido profano y grave, en cierto modo entrañable, que Benasur daba al alma y al corazón. Decididamente, el alma y el amor judíos eran muy diferentes de la psiquis y el eros helenos.

Mileto, como buen griego, además de sus filosofías, poseía otras cualidades. Era experto en números y Aristo Abramos lo estimaba por este don. Benasur había podido comprobar que una operación aritmética que exigía a un contador más de dos horas para resolverla, a Mileto apenas le ocupaba la atención de unos cuantos minutos. El griego sabía también todo lo que había que saber de la vida. Y sin haber salido nunca de Corinto, por simples lecturas y referencias, conocía el mundo como la palma de la mano. No sólo el imperial de Roma, sino el más remoto que llegaba a la India, China e islas más lejanas y que, por el extremo norte, por el Aquilón, daba con las tierras frías y brumosas de Thule. Y conocía el otro, secreto y subterráneo, oscuro y violento, tornadizo y medroso de las pasiones de los hombres, adscrito a la geografía de las almas.

Cuando Mileto regresó del telonio, le preguntó Aristo:

—¿Diste el nombre de Benasur, de Benasur de Judea?

—¡Claro! ¿Cuál, si no?

—¡Extraño! —Masticó el judío. Y dirigiéndose a Benasur

—: Si quieres, hago la aclaración...

—No merece la pena —opuso Benasur.

—Es del registro de Régulo Flavio.

—Lo supongo. Me debe dos anualidades... —Y a continuación, con un inefable dejo—: Ya lo tenía olvidado.

Mileto, que no acertaba a comprender por qué causa los dos señores se mostraban tan extrañados, consideró oportuno manifestar a su patrón lo mucho que sentía dejarlo. No era sincero. A Benasur le pareció que el griego se pronunciaba de un modo ambiguo. En realidad, no sabía qué clase de relaciones podían existir entre Abramos y Mileto, pues si a veces tuvo motivos para pensar que fuese un esclavo, Abramos servíase de él con tal prudencia como lo haría con un liberto o un asalariado, y no pocas veces, en los ratos de ocio que seguían a las jornadas de trabajo, lo trataba como a un viejo amigo.

Hasta entonces Benasur no había encontrado una persona que le hubiese inspirado suficiente confianza para revelar sus amores. Precisamente al segundo día de llegar a Corinto, Mileto dio en hablar de Psiquis y de Eros. Y desenvolviendo la fábula despertó en el judío el recuerdo de Raquel. Mileto era superficial y hablador, parabólico y poco práctico, pero en cuestiones de la psiquis, en asuntos de amor, solía dar sustancia a su plática y encontrar frases felices que explicaban estados de ánimo que, aunque experimentados por Benasur, éste nunca se había parado a examinar con los ojos del alma. Claro que el amor, al modo de las definiciones de Mileto, tenía mucho de mentira. Pero en la ausencia de Raquel, hija de Elifás, esa mentira con seducciones de espejismo mitigaba ciertas nostalgias de la entraña.

Los hombres que habían llevado el cargamento al barco, terminada la estiba, se dirigieron al telonio a cobrar. Un marinero provisto de tuba lanzó la señal de embarque. El capitán del Regium subió a la plataforma de mando. Los pasajeros que venían de Tesalónica, desaparecidos de cubierta los cargadores, volvieron a la borda. Algunos arrojaron frutas o pedazos de torta a los chiquillos que, desde el muelle, pedían a gritos una limosna.

Aristo Abramos y Benasur de Judea se despidieron. Los dos llevaron las manos al pecho y se besaron en las mejillas.

Y Abramos, dirigiéndose a Mileto:

—Que el Señor te acompañe, Mileto. Y cuida muy bien a Benasur, que ya has visto es amigo leal y señor magnífico.

A Mileto se le humedecieron los ojos. A tal punto, que dos lágrimas se le vieron prontas a brotar. Benasur volvió a abanicarse. Miró hacia la nave y su capitán. Quizás el capitán ya sabía que él, Benasur de Judea, jefe del más poderoso consorcio naviero del Mar Interior, era pasajero del Regium. Y tal conocimiento proporcionaría a Benasur un trato especial de cortesía.

Al despedirse, pocos de los pasajeros y sus deudos pudieron ocultar la emoción y los sollozos. En algunos, las exclamaciones de despedida fueron patéticas. Los votos a los dioses menudearon. Veíanse peregrinos que acudían a Paros a consultar a la profetisa Missya. Benasur, seguido por Mileto, que llevaba las tres bolsas de viaje, subió a la nave por la pasarela. Al llegar a cubierta un marinero le cogió los sacos de cuero y, tras preguntarles los nombres, se fue con el equipaje hacia la toldilla. El ecónomo, con el álbum en la mano, iba confrontando la entrada de los viajeros.

Benasur esperó unos instantes al lado del ecónomo. Supuso que le saludaría con algunas palabras corteses; que, en nombre del capitán, le daría la bienvenida. Pero el ecónomo no le prestó la menor atención.

El judío se acercó a la borda. Sacó de la bolsa de la túnica un pomo de vidrio que se llevó a la nariz. Aspiró profundamente y se guardó el perfumador. Volvió a sonar la tuba por tres veces en señal de partida. Los marinos, provistos de unas pértigas, separaron la nave. En seguida asomaron los remos por las columbarias.

—¿Es cierto que tu nave Aquilonia es un palacio? —preguntó Mileto.

—Comparada con este trirreme, sí. Las naves romanas son malas, como naves de tuba... —repuso el judío.

—Sé prudente, Benasur, que pueden oírte los soldados.

Los soldados, en número de seis, estaban de espaldas a la toldilla. La severidad de su gesto, la rigidez de su postura, imponían el suficiente respeto para que los barcos romanos fuesen aburridos como se decía. Pero eran puntuales. Y el mundo daba mucha importancia al tiempo. Todas las gentes principales, los grandes mercaderes y grandes señores viajaban en naves romanas. Era la moda. Aunque todos murmurasen de la altanería de los tripulantes. El capitán sólo condescendía a hablar con los segundos de a bordo, con el decurión de vigilia y con algún ciudadano romano en cuya toga viera signo purpurado.

Pero Benasur exageraba calificando al Regium de «nave de tuba», como la gente solía apodar a los barcos de ínfima clase.

—¿Y por qué no viniste en el Aquilonia hasta Cencres? —preguntó Mileto.

—Lo dejé en Paros para someterlo a carenaje.

—Entonces en Paros...

—En Paros saltaremos a mi barco. Y desde ahí saldremos hacia el archipiélago de Anafe..., donde nos espera Skamín.

Mileto creyó no oír bien. Pero el estremecimiento cobarde que recorrió su cuerpo le convenció de que Benasur había dicho Skamín.

—¿Has dicho Skamín? —interrogó para asegurarse.

—He dicho el terror de los mares, Mileto.

El griego miró de arriba a abajo al judío. Lo miró con una expresión que era tanto de asombro como de miedo. Y sólo acertó a exclamar, como resumen de la curiosidad que le despertaba:

—¿Daría cualquier cosa por saber si dentro de una semana aún vivimos!

Benasur, recostado en el reclinatorio adosado a la toldilla, conversaba con Temisto, un edil de Corinto que, además, explotaba un importante negocio editorial. En sus talleres trabajaban, entre jornaleros y esclavos, más de seiscientos copistas, todos tan expertos y hábiles que Temisto se envanecía de producir diariamente doce ejemplares de obras grandes y cerca de treinta y cinco de obras de teatro, epigramas, discursos y tratados. Sus libros estaban copiados con tal pulcritud que la mayoría los exportaba a Roma, donde contaba con una selecta clientela que no ponía reparos al precio.

—En Grecia se lee poco —se quejó Temisto—. Los griegos nos creemos tan inteligentes que no nos molestamos en leer. Si no fuera por las exportaciones a Roma, Siracusa, Alejandría y Tiro, mi negocio no tendría vida. Por eso me traslado a Roma, para ver si me conviene establecer allí un taller. Los romanos aprecian mis libros. Los egipcios, que son exigentes y pedantes, no los estiman tanto. Les sacan peros. Todo les parece excesivamente caro. No me gusta negociar con egipcios. Pero yo vendo libros en Alejandría, porque son los romanos y griegos los que me los compran... En Tiro tampoco leen, mas las gentes adquieren ejemplares de ediciones lujosas para adornar la casa con una biblioteca.

Benasur estaba más atento al ruido uniforme del mazo, marcando el ritmo de los remeros, que a la plática de Temisto. Pero le sorprendió oírle decir:

—¿Hace mucho que faltas de Palestina?

—Nueve meses...

—Entonces tú estabas en Jerusalén cuando lo del Profeta...

—No. Estaba en Tiro. Pero lo del profeta Juan ocurrió en el castillo de Maqueronte.

—¿Y es cierto que sucedió tal como dicen?

—¿Cómo dicen que sucedió? —replicó Benasur sin muchas ganas de entrar en detalles.

—Pues que la princesa Salomé le pidió al rey Herodes la cabeza del Profeta. Que el rey se la concedió y que Juan fue decapitado en el mismo salón durante el festín...

—Parece que así fue...

—Pero ¿es posible... tanta barbarie?

Benasur hizo un gesto de indiferencia. Después:

—En todas partes se injusticia a profetas y a farsantes. Lo terrible no está en el ajusticiamiento, sino en las circunstancias. Temisto no pudo ocultar su curiosidad:

—¿Las circunstancias? ¿Qué circunstancias?

—Tú sabes que el pueblo había visto en Juan un profeta. El profeta en Palestina es inmune a la acción de cualquier poder temporal, sea el del César, sea el del rey. El pueblo habría soportado una injusticia por parte de Roma, pero no olvidará ni perdonará nunca que Herodes...

A Temisto no le interesaba la cuestión de jure. Por eso interrumpió a Benasur preguntándole qué clase de mujer era Salomé. El judío comprendió en seguida: el editor era uno de los muchos seducidos por la leyenda; leyenda aviesamente propalada por Roma y según la cual la princesa e hijastra de Hérodes, después de haber sido decapitado Juan, se había puesto a bailar con la cabeza de éste. A Benasur le parecía ya bastante monstruoso que la joven, válida de la influencia que ejercía sobre Herodes, hubiese logrado hacer decapitar al profeta. Pero los romanos habían difundido por el mundo una versión más bárbara: la del baile de Salomé. Más bárbara de acuerdo con su espíritu infantil, pues los griegos, los mismos cananeos y no pocos egipcios —de mentalidad más compleja que la de los romanos— encontraban en la versión del baile de Salomé un refinamiento, un sutil picor morboso capaz de justificar el crimen.

Temisto tenía ahora fija la mirada en una pareja de hombres, los dos jóvenes. Desde que aparecieron en el barco no se habían separado un momento. Los dos vestían túnica y capa griegas y se distinguían mutuamente con una seña-

lada afección. El más joven, casi un adolescente, de rasgos muy finos, de grandes ojos azules, se quedaba largos ratos contemplando el mar en una actitud de femenina ensoñación.

Benasur experimentó una súbita molestia. El recuerdo de Shubalam se le vino a la mente. Desde años atrás, Shubalam se le hacía presente en la memoria como una secreta recriminación de la conciencia.

El rey nómada Tacfarinas le había hecho prometer que, en caso de muerte prematura, cuidaría de su hijo Shubalam. Cuando éste cayó prisionero, víctima de la misma celada en que sucumbió su padre, era muy comprometido interesarse por él. Cualquier auxilio por parte de Benasur hubiera sido igual que descubrirse como socio y aliado de Tacfarinas. Y Tiberio más de una vez había dado pruebas de rencor, del odio mal disimulado, quizá desprecio, que sentía por Tacfarinas.

Ahora Benasur se preguntaba acusándose a sí mismo: ¿Es que la amistad, el compromiso adquirido, caducan en cuanto aparece el riesgo? Además, ¿no le había recomendado Tacfarinas a su hijo precisamente en caso de peligro, en caso de que él muriera a manos de Roma? A raíz de la tragedia, Benasur se mantuvo silencioso, inactivo, cauto. Hasta tal punto, que cuando el recuerdo de la palabra empeñada, la exigencia de la amistad reclamaron una acción generosa, no pudo contestarse si Shubalam estaba vivo o muerto. Había dejado pasar cuatro años de la muerte de Tacfarinas. Cuatro años eran muchos para perder la pista de un prisionero de guerra. Sin embargo, no pudiendo soportar aquella desazón, comenzó a hacer las primeras investigaciones con una prudencia que desmentía la razón de la búsqueda. Y convencido, quizá decepcionado de su falta de resolución, pasó el asunto a Myna, su agente confidencial en Paros. Myna era la inteligencia receptora más sensible que podía hallarse en el mundo romano. Tenía mil pares de ojos para ver y mil pares de oídos para oír. Y una so-